Lista del hombre perfecto

Tamara Araoz

Capítulo 1

Capítulo I: Mi nombre es Sam

Cuando alguien llama a mi puerta tan temprano y con tanta insistencia, dos cosas pudieron haber ocurrido:

a) Que mi madre por fin haya cumplido su promesa de resbalarse en la tina y ahora más que nunca requiera mis servicios de enfermera. (Dios, no permitas que sea eso)

b) Que mi descuidado, sexy, atormentador, risueño y poco observador vecino, se haya quedado sin suministros de cerveza.

No es que tenga favoritismo entre una y otra pero estando a minutos de salir para el trabajo, pues la verdad no me gustaría tratar con ninguna. Supongo que la de mi madre no necesita explicación y en cuanto a Jace (así se llama mi vecino), vale la pena la aclaración.

El hecho de que sea desatento, sexy o cualquier otro apelativo que haya utilizado para describirlo, no es el problema. Es más, ni siquiera me molesta que se tome mis cervezas; pero ese día y en ese preciso momento, no estaría demás vivir junto a una persona normal. No pido nada muy exagerado, no sé, quizás un solitario y sus gatos, una adicta al sexo por teléfono o de esos que escuchan música a toda hora y para todo el mundo. Pero no, yo vivía junto a Jace.

Exactamente hace un año, tres meses, catorce días y algo así como… siete horas. ¡Vaya! Se había levantado temprano.

En fin, no piensen que llevo la cuenta. ¡Qué va! Ese es el tiempo exacto en que me mudé a este piso, ¿qué tan psicótica parezco?

—¡Voy! —grité, con el cabello enredado tratando de comerse otros de mis cepillos favoritos. Salí del cuarto de baño y rescaté al guerrero entre mis hebras, antes de abrir la puerta.

Mi madre estaba bien, por si alguien se quedó con ese pensamiento.

—Ya era hora. —Él entró como de costumbre, sin pedir permiso o esperar invitación.

—¿Qué haces aquí? Es lunes, ¿lo sabes? “Trabajo”

Jace tenía problemas de memoria, entre muchos otros defectos. Defectos que la mayoría de las personas pasaba por alto con tan sólo verlo a la cara. Verán, él es de buen ver. Tiene todos los rasgos ideales para ser un actor famoso de novelas románticas o quizás un estupendo modelo de ropa interior. Aunque Jace no era nada de eso. Cuando lo miras, no puedes evitar pensar que el mundo es injusto con algunos, pero que obviamente la injusticia no llegó a la casa de ese muchacho.

¡Caramba! No piensen mal de mí, sólo estoy señalando un hecho. Jace es guapo; él lo sabe, yo lo sé y estoy casi segura que la mitad de la ciudad también lo sabe. Pero eso no significa que yo guarde algún sentimiento romántico hacia mi vecino, somos amigos en el mejor de los casos. Nada más. Y les aseguro que eso no me quita el sueño, así que pueden ir descartando la idea de que ésta es la historia de la tonta enamorada del chico imposible.

Bueno, más o menos.

—Sé que día es, gracias. —Miró a su alrededor como buscando cámaras ocultas o algo por el estilo. Yo fruncí el ceño, por alguna razón su actitud precavida me dio la pauta para adivinar lo que pasaba.

—Rompiste la regla número uno, ¿verdad?

Él se mordió su perfecto labio inferior, emulando a un crío travieso y encantador.

Oh qué tonta soy, la regla número uno es:

—Nunca lleves a una cita de una noche a tu casa. —Gracias por aclararlo, Jace.

—¿Y qué pasó?

—Creo que bebí más de la cuenta.

Puse los ojos en blanco al oír eso.

—Como si eso existiera en tu diccionario.

Él pasó por alto mi comentario y en un súbito cambio de tema, me observó con fijeza antes de decir:

—¿Vas al trabajo?

Como señalé antes, su memoria no trabaja muy bien, menos cuando tiene

resaca y a una extraña en su departamento.

—Sí, es lunes ¿recuerdas? —No le estaba recordando el día en sí, sólo lo que ocurriría ese día.

Jace entrecerró sus ojos grises un instante y en su rostro se plantó ese gestito medio serio que a veces le salía.

—¡Eliot! —exclamó de forma repentina y yo asentí sonriendo.

Podía ser de todo el infeliz degenerado, pero al menos sabía escuchar. Aunque estaba más que segura que ese esfuerzo me saldría varias cervezas gratis.

Entonces aquí les va la otra aclaración, Eliot es… bueno es el amor de mi vida. El único hombre capaz de cortarme el aliento con su simple presencia, sí, tal vez Jace es guapo pero Eliot lo es TODO. Inteligente, atento, considerado, adorable, con unos tranquilos y honestos ojos verdes, y la boca más irresistible que una pudiese pedir. Ese era él, mi Eliot. Aunque de mío no tenía ni una onda de su perfecto cabello castaño. Era por así decirlo, un amor a distancia. Nos hablábamos, trabajábamos en el mismo lugar y todas las mañanas compartíamos una taza de café. Pero eso era todo, yo me embobaba escuchándolo o sólo mirándolo, y él no tenía idea de mis oscuros sentimientos hacia su persona.

La primera vez que lo vi, estaba sacando unas copias en una de las máquinas menos cooperadoras y sólo tuvo que voltearse en mi dirección un segundo, para que yo supiera que era el hombre de mi vida. Recuerdo haberlo ayudado de muy buena fe y así comenzó lo nuestro; una maquina que no funcionaba y unas copias que debían ser sacadas. No muy romántico a decir verdad, pero ¿qué importa? Las tonterías que venden las películas no les pasan a todos y mucho menos a mí. Pero ese suceso en mi cabeza fue digno de un Globo de Oro (espero que ese sea premio para películas). En fin, llevaba desde entonces aguantando ese horrible empleo, sólo para poder estar cerca de él. Sí, maldición soy una patética forma de vida. Pero no se fijen, no hago daño a nadie así que no me critiquen.

Odio mi trabajo creo que está demás decirlo, en realidad ni siquiera comprendo por qué estoy allí aún. No hago nada relacionado a lo que estudié, pero estoy y mientras esté, eso significa un poco más de Eliot. ¿No es un nombre encantador? Es como si las sílabas bailaran por tu lengua al pronunciarlo, inténtenlo… E–L–I–O–T. ¿Ven?

—Hoy es el gran día —le informé a mi vecino, mientras lo veía deambular por el departamento. A Jace le gustaba echarse en mi sofá, cual ballena que ha anclado en la playa. Por lo que no me sorprendía verlo

acechándole a la distancia.

—¿La fiesta de despedida? —inquirió mirándome por sobre el hombro. Asentí.

—Sí… o bienvenida, la verdad es que no tengo idea. No pertenece a mi departamento, pero estoy invitada así que me da igual.

—¿Y bailarás con él?

Mi rostro pasó por todos los tonos de rojo, me costaba una buena dotación de coraje pensar en Eliot y no sonrojarme.

—El otro día me dijo que le apartara un baile. —Apreté mis manos con nerviosismo—. ¡Jace, realmente creo que esta es mi noche!

Y en verdad lo pensaba, pues si bien Eliot y yo teníamos algo así como una simple amistad, esa vez había sido la primera en la que me habló de un modo más personal. ¡O sea, él quería bailar conmigo! No era la invitación en sí lo que me emocionaba, sino la forma en que me lo había pedido. Fue algo que deberían haber visto, pero como pasó hace una semana no voy a contárselos. Deberán creer en mi palabra.

—¿Pasarás por aquí cuando salgas del trabajo?

Lo miré contrariada.

—¿Para qué?

—Para cambiarte —ofreció él como si fuese eso una obviedad.

Me inspeccioné rápidamente pasando revista de mi atuendo. Llevaba una de mis camisas blancas de franela y una falda gris pegada al cuerpo. Era la indumentaria de una secretaria y en mi cabeza eso iba bien para el evento.

—¿Qué tiene esto de malo?

Jace frunció el ceño, también paseando sus ojos por mi silueta.

—Bueno, sé que Eliot es un monje pero dudo que la versión eclesiástica le vaya.

No comprendí su comentario a la primera, pero eso no significaba que no me molestara.

—¡No parezco una monja! Y ya te dije que no hables así de Eliot. —Me fastidiaba mucho que lo tratara de tonto, sólo porque no buscaba meterse

entre las piernas de cada mujer que cruzaba.

Para Jace cualquier hombre que no hacía su movida en la primera semana, era gay o tenía un serio problema que implicaba amputaciones de miembros importantes.

—Mira, tal vez el señor Tortuga necesite algo más que tu atuendo usual esta noche. ¿No quieres darle un incentivo?

—No es un perro, no necesita que le entregue un dulce para que me dé la patita.

—Sólo pienso que podrías variar un poco.

Volví a mirar mi camisa. Era práctica, cómoda y combinaba con todos mis zapatos. Tenía alrededor de siete camisas iguales, pero en distintos tonos. Por supuesto que eran colores claros; blanco, beige, camel y algún que otro amarillo delicado. Perfectas para una secretaria, por ende, perfectas para mí.

—No tengo otra cosa.

—¿Y te preguntas por qué tortuga aún no te invita a salir?

—Eliot no es superficial como tú, a él no le importa cómo me vista. Si se debe fijar en una mujer mira en su interior. ¡Dios! No puedo creer que seas tan desabrido.

—¡Oh vamos, Sam! ¿Me vas a decir que Eliot lleva una maquina de rayos X en su bolso? Quieras o no admitirlo, a los hombres las mujeres les entran por los ojos. Sí, tal vez luego quieran conocerla más en profundidad…

Hice una mueca.

—Asqueroso.

—No hablo de esa profundidad, cielo —rió y yo no pude evitar sonreír—. Pero antes que alguien intente conocer el interior de otra persona, primero debe haber algo que llame su atención. —Negué sin aceptar su lógica—. Dime, si vas a una tienda, ¿por qué compras lo que está en los estantes intermedios?

—Porque es lo que está a la vista —respondí sin pensar, él me señaló como si con eso respaldara su teoría.

—¡Exacto!

—¡Qué estupidez! No puedes… —Sacudí la mano y cogí mi bolso, era tonto intentar discutir con él—. Me voy al trabajo.

—Espera. —Jace me jaló de un brazo dándome la vuelta en redondo—. Ya que vas a presentarte así, al menos intenta mejorar la mercadería.

—No me toques. —Lo golpeé en las manos, pero sin obtener resultados.

—Ya, déjate. —Él comenzó a pasar sus dedos por mi cabello y por un segundo me sentí como una de las mujeres que aparecen en los programas de transformaciones. Jace jaló algunos de mis mechones y los enlazó artísticamente, de forma que mi cabeza no pareciera el nido de un ave hambrienta.

Bueno, digamos que mi vecino sabe lo que le gusta ver. No que sea estilista ni nada por el estilo, sólo es un hombre que conoce de mujeres.

—En serio, debo irme.

—Un segundo. —Sus manos se trasladaron al bajo de mi camisa y antes de que pudiese rechistar, él ya tenía anudada ambas partes por encima de mi falda. Yo jamás la usaba de fuera, me parecía algo completamente vulgar. Las camisas iban bien metidas dentro de la falda, esa era una regla que toda chica de escuela católica sabe.

—Jace, así no me gusta —me quejé intentando volver todo a su estado natural.

—Cállate. —Él se apartó lo suficiente para observarme analizadoramente—. Falta algo…

—Sí, tu cordura. ¿Puedo irme ya? —Me enseñó su perfecta sonrisa digna de los anuncios de pasta de dientes, antes de extender una mano y soltarme los dos primeros botones—. ¡Oye!

—No, déjalos así. —Ni loca me aparecía en el trabajo con esa pinta, parecía una...una… —. Mírate en el espejo

Antes de que pudiera completar mi crítica mental, Jace me empujó frente al espejo del recibidor. Me miré un largo segundo, me veía... bueno, no tan mal a decir verdad.

—Me gusta —susurré, viendo como mi rostro quedaba mucho más armónico con algunos mechones cayendo delicadamente alrededor de mis

mejillas.

—Te lo dije. ¡Ahora ve! El tortugon me enviará una carta de agradecimiento.

Lo miré molesta.

—No le digas así. —Me mordí el labio inferior, un tanto insegura respecto a la idea de Jace—. ¿No crees que esté enseñando mucho? —pregunté apuntando a mis gemelas.

—Puf, una maestra de escuela enseña más que tú.

Rodé los ojos, era inútil discutir con él. ¿Cómo es que aún no lo aprendo?

—De acuerdo, me voy.

—¿Me prestas tu cama?

—Sólo no traigas a nadie aquí.

Él frunció el ceño, seguramente recordando que su departamento estaba habitado por indeseados en ese mismo instante.

—Si la ves por ahí, dile que morí de algo muy extraño y repentino.

—No me va a creer.

Sonrió de medio lado.

—Ella piensa que soy astronauta, te aseguro que si le dices eso te creerá e incluso se ofrecerá para hacer mi funeral.

—Engreído.

Jace se encogió de hombros y partió rumbo a mi habitación, yo suspiré en la puerta de mi casa lista para afrontar aquel día.

De haber sabido como resultaría todo, ni me habría molestado en cambiar mi look. Pero eso, viene más adelante. Por ahora permítanme decirles que mi nombre es Sam, y no, no estoy intentando robarme la fama de cierta película que hace a más de medio mundo llorar. Ese realmente es mi nombre y ésta es mi historia, no tengo súper poderes, ni soy la más popular de una clase de ochocientos, no conozco a un roquero, ni puedo beber alcohol de cabeza. Jamás me metí en grandes líos y hasta hace una semana, dormía con mi pijama de Patricio Estrella.

La verdadera yo tiene un empleo mediocre, un vecino guapo, un compañero de trabajo que no sabe que lo ama y un jefe odioso/pervertido que había hecho de fastidiarme un propósito en su vida. Y si les interesa saber cómo pasé de eso, a lo que soy hoy… pues los invito a seguir leyendo. Pero he de advertirles desde ahora, todo lo que aquí se diga será un secreto que deberán llevarse a la tumba. Ustedes serán mis confidentes, porque a alguien tengo que contarle como mi patética vida se fue al diablo en una sola tarde. Y cómo a partir de ese día, decidí que ya tenía suficiente de esta mierda. Los cambios no siempre son de lo mejor, pero el mío al menos los va a hacer reír. Eso está garantizado o les juro que les devuelvo su dinero.

Claro, como si alguno de ustedes fuese a pagarme por esto. Realismo, gente, realismo.

Capítulo 2

Capítulo II: Desgraciados todos

Tras obligarme a correr por el hall de entrada, llegué a tiempo de subirme al ascensor que estaba a nada de partir. En su interior se encontraban Cristal, la chica que siempre tenía muchos sobres en sus manos pero que nadie sabía qué rayos hacía por nosotros; y Matías, el chico que en realidad no tenía idea si trabajaba allí o sólo pasaba a coquetear de tanto en tanto. Ambos me ofrecieron sendas miradas de reproche por hacerlos retrasar. Mi piso quedaba a mitad del suyo, por lo que el ascensor debía detenerse antes para mí y luego para ellos; en mi fuero interno deseé que se rompiera justo después de mi parada.

Una actitud infantil lo admito, pero no hay razón para que me vieran como si tuviera que pagar algún derecho de estar allí. Seguramente los dos tenían alguna clase de plan para pasar el rato en el ascensor, y eso automáticamente me hizo arrepentir de mi deseo anterior. La puerta se abrió antes de que tuviese tiempo de seguir planteándome teorías sobre esos dos, bajé del ascensor a trompicones y pude jurar que oí la pequeña risilla de burla de Cristal. Será perra.

Pasé de todos sin hacer contacto visual, me gustaba clavar la vista en la punta de mis zapatos e imaginar que era un pequeño microorganismo al que nadie ponía particular atención. Es decir, ¿por qué alguien pondría atención a un microorganismo? Ni siquiera pueden verse sin un equipo especifico, ¿cierto? Pues esa era yo en la oficina, una chica que no destacaba de nada y por nada. No es que me menospreciara, o me echara a menos. A decir verdad soy toda una belleza. De acuerdo lo admito, no soy una rubia despampanante de sonrisa deslumbrante como se suelen describir en las historias. Más bien tengo el cabello castaño y los ojos café, una sonrisa agradable cuando hace acto de presencia y un humor bastante negro cuando me apetece ser malvada. Pero que quede claro que no me apetece muy seguido, pocas personas despiertan mi genio y pocas personas despiertan a mi chica tonta, lambiscona, enamoradiza, soñadora… deben saber que Eliot acababa de entrar en mi campo visual.

—Hola, Sam. —Y me estaba hablando, nada valía más la pena que tener a ese hombre delante de mis ojos tras una mañana particularmente complicada.

—Eliot. —Para mi buena fortuna no había tartamudeado como en otras ocasiones, o dejado salir un poco de baba a través de mis labios. Esas

cosas pasan sin que una pueda controlarlo, lo juro.

—Te ves… —Deslizó su mirada verde por todo el largo de mi talle, causando que me sonrojara. Nada nuevo, con Eliot yo me sonrojaba por deporte—. Distinta, ¿te has hecho algo? —Mataría a Jace, por su estúpido plan de mejorar la mercadería. Ahora Eliot pensaría que era una cualquiera, fácil, arrastrada…—. Te queda muy bien.

Jace acababa de ganarse el cielo, un viaje completamente pagado por mí.

—Gracias, pensé en cambiar un poco hoy… es un día muy especial. —De acuerdo, hora de hacer silencio.

—¿Lo es?

—Sí… —Voy a bailar contigo y vas a declararme tu amor, tendremos bebés hermosos de ojos verdes y cabello castaño. Seremos felices, envejeceremos juntos y recordaremos este día en nuestro maldito álbum de fotos. Ya lo tenía todo planeado.

—Vaya, ¿por qué?

—Bueno, porque… —No sabía muy bien qué decirle, develar mi plan en ese momento podría asustarlo un poco. Los hombres tenían esa manía de echarse para atrás ante la primera muestra de estabilidad—. Porque alguien se va… —improvisé sobre la marcha—. Siempre es especial el día cuando alguien se retira.

Eliot frunció el ceño, pensativo.

—Pensé que era una fiesta para darle la bienvenida al nuevo equipo de encuadernación.

«Puta madre…»

—Ah… sí, claro… a eso me refiero. Un equipo viene, otro equipo se va. —Debería haber una especie de alarma que silenciara a las personas cuando se supiera que estaban haciendo el ridículo en grande, debería haberla con urgencia.

—La encuadernación antes estaba a cargo de otra empresa… —reflexionó él en voz baja, como si no comprendiera adónde quería llegar yo con mi discurso.

Y es que su bondad y buen corazón, no le dejaban espacio dentro de su ser para ridiculizar o burlarse de una estúpida inepta como yo que no tenía idea de qué iba la fiesta en la que su futuro esposo —padre de sus

hijos inexistentes—, se le confesaría.

—¡Sam! ¿Dónde está mi café?

Salvada por la campana.

—Lo siento, Eliot. “Tigre Tony” me reclama.

Él me obsequió una sonrisa cordial, acercándose lo suficiente para que sólo yo pudiese oírlo.

—Nos vemos en la noche entonces.

Y yo me derretí allí mismo, mientras se alejaba dejándome hecha un charco de amor y hormonas en el suelo.

—¡Sam!

Obligué a mi ADN a recomponerse y aparté todo pensamiento sexual de Eliot y yo enredados en sabanas blancas, rompiendo postes de camas y arrancándonos la ropa con los dientes. Hacía relativamente poco había leído las Sombras de Grey, todavía tenía varios asuntos que resolver sobre mi sexualidad que obviamente no había explorado y quería que Eliot me ayudara.

Fui hasta la oficina de mi jefe, al que adorablemente llamaba Tigre Tony y al que ni en mi peor estado de embriagues llamaría de ese modo a la cara.

—En un segundo tengo su café, Jefe.

No me permitía que lo llamara Anthony o Tony como al resto de los empleados, él tenía el morbo fijo de que una secretaria debería llamarlo Jefe. Qué le den por cabrón, machista.

—¿Qué te hiciste?

Me detuve en seco ante esa pregunta, entonces recordé mi atuendo y el modo en que Jace me había puesto antes de salir de la casa. Me di una bofetada mental, Tony jamás pasaría por alto un cambio en mi apariencia. Podrían decir lo que dijeran, pero estaba segura que sus miradas no eran del tipo profesional y siempre me ponían nerviosa. Admito que no soy una bomba sexual, pero si mi jefe no quiere jugar al doctor conmigo entonces simplemente no sé un carajo sobre los hombres.

—Nada.

—Te ves… —Su mirada hizo el mismo recorrido que la de Eliot en el pasillo, pero a diferencia de la del susodicho con ésta me entraron ganas de enviar a Jace sin escalas al infierno. Mi nuevo aspecto de golfa, parecía encantar al Tigre—. Candente.

—Err… voy… —Señalé a mi espalda donde había una pintura de un gatito, luego me di la vuelta y huí a la cocina.

¿Lo ven? No son imaginaciones mías, él tiene un serio problema de acoso laboral. Aunque jamás se me había insinuado, sus miradas y algunas palabras que me soltaba, no dejaban mucho pie al debate.

***

Había recibido cumplidos toda la tarde; "te ves muy guapa" "¿has bajado de peso?" "¿te has pintado el cabello?" "¿qué te has hecho? Te luce". Era increíble como un peinado y el enseñar algo de escote impactaba en las personas. No quería darle la razón a Jace, no quería estar de acuerdo con la teoría de que le gente podía ser tan superficial. Pero rayos, todos ¡todos los desgraciados! Habían hecho un comentario sobre mi "nuevo aspecto" y no tenía nada de nuevo. Era mi maldita y sosa camisa del viernes, de hecho tenía algo de mi olor del viernes —había olvidado hacer la colada— disimulado hábilmente por unas gotas de Jádore.

Entrada las seis de la tarde me resigné a que mi vecino quizás en un plano muy astral, donde yo era una ameba, podía tener razón. La apariencia era un factor importante en el modo en que te percibía el mundo, claro en ese plano yo no tendría la conciencia suficiente para darle la razón por lo que viviría en paz conmigo misma y mi idea de que lo que importa es lo de adentro.

Bajé la vista a mi mano donde sostenía mi tercer vaso de ponche de huevo; era horrible. No entendía el por qué de servirnos ponche sin alcohol en una fiesta después de hora. Claro mañana deberíamos venir a trabajar, pero con esa cantidad de bebida ni Paul, el enano de correcciones, se pondría ebrio.

Suspiré. Eliot estaba bailando con una fulana de cabello rojo y curvas rojas, su vestido se apretaba tanto a ellas, que ya parecía parte de su piel y no tela. Él no lucía particularmente divertido, pero aún no había reclamado aquel baile que tan gustosamente me había pedido una semana atrás. No lo comprendía, esa mañana se había comportado tan amable y solícito. Llegué a pensar que ni bien pusiera un pie en el salón de eventos, él correría hacia mí, me envolvería en sus fuertes brazos, se

arrancaría la camisa en un acto de pasión desmedida y…

—¿Crees que van a haber despidos con estas incorporaciones?

Pestañé sacándome la imagen mental de Eliot sin camisa, y miré a mi interlocutora.

—Hm… —Llevaba algo así como la última media hora sólo respondiendo eso, y eso era todo lo que necesitaba para que Dora se enfrascara en otra perorata.

Comenzó a decirme cuánto le atemorizaba perder el empleo, me dijo algo sobre un niño, quizás su nieto, quizás su hijo, quizás el sobrino del carnicero, me importaba un cuerno. La cuestión es que le tenía mucho apego al crío y no quería que se quedara sin dinero para sus dragones de madera con postes de chocolate y camiones de anís que jugaban en bla, bla, bla…

—Hola, Sam. —Fui incapaz de oír más sobre niños y dragones o anís; él estaba allí, parado delante de mí.

—Eliot… —En cierta forma parecía que repetíamos la misma escena siempre que nos veíamos, pero no lo piensen así. Hablábamos cosas inteligentes cuando comenzaba a llegarme la sangre al cerebro.

—Me preguntaba —se silenció mirando de reojo hacia mi derecha, entonces yo también observé, encontrándome con los dos enormes ojos de Dora fijos en nosotros. Le chisté para que se marchara con discreción, pero ella se tomó un largo minuto para evaluar a Eliot antes de marcharse a regañadientes. Allí quedaba la discreción.

—¿Decías? —lo presioné sin presión, por supuesto.

—¿Te apetece bailar?

Las palabras casi salen eyectadas por mi boca, el “sí” se estranguló en mi garganta y mis ojos se llenaron de lágrimas de anticipación. Oh sí, así de estúpida puedo llegar a ser. Pero estaba esperando esa invitación desde el maldito día de las copias, denme algo de crédito.

—Ajá… —Supongamos por el bien de mi orgullo que eso fue lo que susurré.

Eliot no aguardó más, me tomó de la mano y me arrastró a la pista de baile. Una canción hermosa de Coldplay —grupo que no me gustaba pero desde ese día amaría— sonaba como un murmullo a lo lejos. Yo me trasladaba en una nube, al parecer mis zapatos habían sido reemplazados en algún momento entre la invitación y el acto. No me importaba, estaba

cumpliendo una de mis tantas fantasías con Eliot. Si mis planes iban bien, al finalizar la canción él hincaría una rodilla en el piso, me tomaría la mano y me pediría pasar la eternidad juntos. Yo aceptaría, por supuesto, lo abrazaría, lo besaría y le arrancaría la camisa, pues esa escena no podía terminar bien si él continuaba vestido.

—¿Lo estás pasando bien?

Debía de estar bromeando, ¿cómo no pasarlo bien entre sus brazos?

—Sí.

—¿Te gusta esta canción?

Si le decía que no, ¿le pediría al DJ que la cambiara? ¿Acaso él quería sellar nuestro romance con otro tema?

—¿A ti?

Se encogió de hombros y estuve de acuerdo, no importaba la canción, lo importante era lo que se estaba cocinando en esa pista: amor puro y verdadero. Finalmente Dios se ponía generoso conmigo, luego de haberme maldecido con una timidez ridícula y una incapacidad mental para hablar adecuadamente con los hombres. Estábamos a mano, haría que mis hijos asistiesen a la iglesia a modo de agradecimiento por esta concesión.

—Oye… realmente te ves muy guapa esta noche.

Un pequeño punto se anotó mentalmente en la pizarra del lado de Jace, pero no tuve mucho pensamiento para ello. Eliot acababa de decirme que me veía muy guapa.

—Gracias… —¿Estaría bien responderle que él siempre se veía guapo?—. Tú también. —Quizás era decir mucho—. Siempre te ves guapo. —O quizás no.

—Vaya, gracias. —Sonrió haciendo que mis mejillas dolieran por la necesidad de emular su sonrisa—. Sam, eres muy agradable. Aquí no mucha gente lo es, ¿sabes?

—Claro.

—Me gusta hablar contigo, siempre comprendes todo… eres tan inteligente.

Esto se estaba dando incluso mejor que en mi “mejor” fantasía.

—Tú también lo eres… —«Y te amo». No, debía dejar que él lo soltara antes.

Me obligué a controlar los erráticos golpeteos de mi corazón, afiancé el amarre alrededor de sus dedos e intenté aparentar que sabía bailar. Eran muchas cosas para las cuales debía concentrarme y lo único que podía pensar era: Eliot, Eliot, Eliot, Eliot.

—Te quería hacer una pregunta, verás… —Se liberó de una de mis manos, para despeinarse su increíble cabello castaño—. No quiero ser indiscreto.

—No lo serás.

Él volvió a sonreírme, aunque se lo notaba inseguro.

«Atrévete, cariño, yo te atraparé. Haz tu condenado salto de fe, no hay nada que temer». Eliot clavó sus ojos en los míos y se me cortó la respiración, iba a ir por lo seguro e iba a besarme. ¡Perfecto! La técnica directa me quedaba fantásticamente bien a mí. Se acercó, e instintivamente cerré los ojos aspirando su perfume que estaba segura era el 212. Entonces lo sentí respirar muy cerca de mi oído, justo antes de que me dijera:

—¿Me ayudarías con Casandra?

Algo debajo de mis pies comenzó a sacudirse, repentinamente la nube en la que llevaba sobrevolando el salón atravesó un sector de turbulencias. Trastabillé sobre mis propios pasos y Eliot tuve que cogerme por los codos, para que no me lo llevara conmigo al piso. Nos miramos fijamente cuando me hubo incorporado y entonces él lo vio, vio mi decepción, mi desazón, vio como mis sueños se hacían añicos en esa pista de baile. Seguramente se vio a sí mismo brincando sobre los pedazos de mi corazón, mientras el muy hijo de puta me pedía que lo ayudara a conquistar a la única chica que me hablaba decentemente en esa maldita oficina.

—Sam… yo…

Pero no tuve el valor para oírlo acabar esa frase, había un momento en la vida de toda chica en que simplemente debe separarse de sus absurdas creencias infantiles. Esa noche, cuando festejábamos al nuevo equipo de encuadernación, yo perdí parte de mi inocencia. Y volví a mi casa, dispuesta a perder lo que me restaba de dignidad.

Capítulo 3

Capítulo III: Señor Papa

¿Casandra? Todavía no podía quitarme ese nombre de la cabeza, estaba a nada de estrellar la frente contra la ventanilla, pero seguramente el taxista me cobraría extra el intento de estupicidio. Observé mi reflejo distorsionarse por el movimiento del carro, las lágrimas estaban ahí en mis ojos, no crean que no estaba llorando porque lo estaba haciendo. De una manera tan extrema que parecía que acababa de perder mi mano derecha, o a mi madre… no, sin duda la cuestión de la mano tendría un peso más emotivo. Era ridículo, me sentía ridícula. Pero no podía detenerme, mi cuerpo quería soltar todas esas lágrimas. Mis piernas querían soltarle una patada en la entrepierna a Eliot, pero en aquel instante lo máximo que pude hacer fue correr hacia la salida en busca de un taxi. Mi idea inicial era brincar debajo del mismo, pero cuando el hombre se detuvo frente a mis pies opté por sólo pedirle que me llevara a casa. El drama debía parar tarde o temprano.

Subí las escaleras arrastrando mi corazón y mi bolso, a esa hora pesaba mucho. No tengo recuerdos del momento de la transacción con el taxista, esperaba al menos haberle pagado o haberle dicho que enviara la factura a nombre del cornudo, hijo de su mala madre de Eliot. Maldición, ¿por qué eso no se me ocurrió antes?

Al pasar delante de la puerta de Jace, noté que había un pequeño papel doblado pegado en la mirilla. Lo tomé, sabía que a mi vecino no le molestaba que hojeara su correspondencia legal o ilegal. Además me hacía falta la distracción.

"Pasé una noche estupenda, J. Espero para la próxima conseguir el resto de las letras. Tuya Flor."

Flor siempre me sonó como nombre de zorrita barata, y a partir de ese momento comenzaría a asociarlo con mujeres tontas. Realmente no entendía cómo era que tantas chicas caían ante el encanto de Jace. ¡Y él ni siquiera se molestaba en decirle su nombre! Era de no creerse.

Abrí la puerta de mi departamento y solté el bolso sobre lo primero que se cruzó en mi camino; el espejo del recibidor quiso devolverme el reflejo, pero rehuí de él como una vil rata herida. No soportaría ver cómo lucía en

ese instante, el tiempo que mi vecino se había tomado para mejorarme había sido inútil. La triste realidad era simple, yo tenía mercadería de segunda para ofrecer y Eliot era de los que compraba sólo primera línea.

—¿Sam? —La voz que se proyectó desde la cima de la escalera me sacó de mi ensoñación.

—¿Sigues aquí?

Jace estiró los brazos hacía arriba, haciendo que su camisa de deslizara con el movimiento y parte de su vientre plano quedara a la vista. Apostaba que tenía todos esos numeritos ensayados; él desperezándose era una imagen por la que muchas pagarían. Podría tomarle una foto, seguramente la tal Flor me daría algo por ella.

—¿Por qué volviste tan temprano? —inquirió el "dueño y señor" de mi casa que al parecer pagaba mi renta, por lo tanto debía darle explicaciones—. Y… ¿por qué traes esa cara?

Así que lo había notado, entonces estaba peor de lo que la ventanilla del taxi me permitió contemplar. Me encogí de hombros arrastrando mi humanidad hasta la cocina, no tenía ni fuerzas ni voluntad como para poner a Jace en su lugar. Lo único que necesitaba era un pote de helado, una barra de Toblerone, la caja de clínex y mis Dvds de Bridget Jones.

—Sam, ¿qué mierda pasó? —Jace siempre tan políticamente correcto al expresarse, me dejaba sin habla.

—Nada.

Él llegó a la cocina justo en el instante en que yo rescataba a mis aliados para esa noche.

—¿Nada? ¿Y por qué el chocolate y el helado?

Lo miré frunciendo el ceño con disgusto, no me gustaba tener que explicarme en mi propia casa.

—No es de tu incumbencia, vete a tu casa la intrusa ya se marchó. —Pero él no movió ni un pie ante mi pedido, cubriéndome la única salida hasta mis películas de desahogo—. Déjame pasar.

—Cuéntame.

Negué, había ciertas cosas que las chicas sólo debían hablar con chicas. La cuestión es que yo no era de hacer muchas amigas, claro las mujeres me hablaban, pero nunca al punto de simpatizar profundamente. No tenía hermanas del alma, o pulseras de la amistad, ni tampoco esos dijes que

se partían a la mitad. No, yo no compartía mi vida con muchas personas. Extrañamente al único que le pregonaba esa familiaridad, estaba de pie frente a mí esperando una explicación. El mundo y sus frenéticas vueltas, nos dejaba en lugares inesperados.

—Simplemente no funcionó.

—¿Eliot y tú no bailaron?

Abrí el helado, veía que la conversación se iba para largo y necesitaba algo de valor dulce.

—Bailamos… —Una gran cucharada de jarabe de chocolate inundó mi boca. Dulce elixir de la salvación.

—¿Y? —Me encogí de hombros—. ¿Otra vez no hizo nada?

—Hizo… —Rompí mi Toblerone para hundirlo en el helado, luego me asesté un gran bocado.

—Pero… —Jace aguardó pacientemente hasta que terminase de mascar, había algo en su expresión de preocupación que pareció darle una patada a mi corazón maltrecho.

Lucía tan patética que hasta Jace sentía pena de mí, esto era el límite de humillación permitido para cualquiera en una vida. Sin duda alguna las cosas no podían ponerse peor, ¿verdad?

—Me pidió que le hiciera el puente con Casandra. —Luego de esa valentía, me recompensé con otra cucharada de helado.

—¡Figlio di puttana!

No pude evitar reír al oírlo soltar una grosería en italiano. Jamás se me había ocurrido preguntarle a Jace de dónde era, a decir verdad hablaba perfectamente el idioma por lo que no aparentaba ser de otro lugar. Pero las pocas veces que su temperamento salía a flote, soltaba palabrotas en italiano que… vaya mierda, lo hacían ver muy sexy. Quizás había aprendido el idioma para impresionar a las mujeres y debo admitir que era un buen recurso.

Entonces recapitulé la razón de su maldición y volví a desinflarme. Bajé la vista hacia mi helado a tiempo de ver como una lágrima aterrizaba entre el sabor cookie y el de arándanos.

—Oh venga, Sam, no llores.

¿Por qué las personas pedían a alguien que no llore cuando lloraba? ¿Acaso no notaban que eso provocaba el efecto contrario? Más lágrimas rodaron por mis mejillas, en tanto que escuchaba a Jace murmurar una serie de frases que para mí no tenían sentido.

—Vete a tu casa, Jace.

Él se detuvo para observarme y luego sacudió la cabeza en una negación.

—¿Qué me vaya dices? —Asentí—. ¿Para que tú puedas echarte en el sofá a llorar por el tortugon? Sam, ten algo de amor propio por favor.

—Como si lo regalaran en las esquinas, es muy fácil para ti decirlo… eres así. —Lo señalé y él se miró la camisa, contrariado.

—No es cuestión de apariencia, ¿no dices eso todo el tiempo?

Le envié una envenenada mirada de advertencia.

—Pues al parecer estaba equivocada, todo es sobre la apariencia. Como no tengo un escote relleno con melones o un culo de pasarelas, no soy nadie.

Jace puso los ojos en blanco, tomándome de la muñeca para sacarme de la cocina. Lo seguí a regañadientes.

—Sam, tienes otros atributos.

Chasqueé la lengua, mi vecino parecía un padre diciendo que su hijo era la cosa más mona del mundo. Por supuesto, esa creencia es una obligación moral y no una aseveración fehaciente. Nadie puede fiarse de las palabras de un padre, de una madre (amorosa) o de un amigo.

—Lo que sea, Jace… —Me liberé de su amarre. Era suficiente de mi triste actuación; debía calmarme, centrarme y llevar las cosas al terreno de lo coherente. Si lo veía de un modo pragmático, no había perdido nada en realidad. Así que basta de hacer el ridículo frente a mi vecino, era hora de moquear en la soledad de mi habitación—. Márchate, por favor.

—Y entonces deberé regresar a las tres de la mañana, mientras cantas All by myself e intentas atragantarte con el helado de limón.

Eso había pasado una vez y él nunca me lo iba a dejar olvidar. Fue durante la época en la que Eliot se había conseguido una novia, no pasaba noche en que no me hundiera en helado y canciones de romance sobre corazones rotos.

—No tengo helado de limón, así que puedes ir en paz.

Él observó el pote en mis manos y luego mi rostro, se quedó en un silencio analizador por largo rato hasta que de súbito tronó los dedos.

—¡Tengo lo que necesitas!

Sacudí la cabeza, yo ya tenía lo que necesitaba y si continuaba con esa conversación, mi necesidad terminaría como un pegote en el piso de cerámicos.

—Jace, agradezco que intentes ser amable conmigo, sé que eso está requiriendo mucho de tu concentración. Pero por ahora, sólo deseo estar sola.

—Voy a mi departamento. —«¡Al fin!»—. No te muevas de aquí. —Lo vi marcharse a paso rápido y me detuve a pensar: ¿qué no me moviera? ¿Por qué no me movería? ¿Acaso planeaba…?—. ¡Regreso! —exclamó desde la puerta, respondiendo mi pregunta no formulada.

Una mujer inteligente habría aprovechado ese momento para cerrar con llave, colocar una escoba trancando la entrada y echar una línea de sal que lo mantuviera lejos de mi morada. Eso habría hecho una mujer inteligente, en cambio yo fui hasta mi sofá y me hundí en mi miseria, medio kilo de helado y un cuarto de Toblerone. Jace regresó al cabo de unos minutos cargado de botellas de alcohol, cervezas y petacas de licores.

—¿Qué carajos…? —inquirí mirándolo con la boca abierta, él me sonrió encantadoramente. Él siempre se veía encantador, era el modo en que el karma y Dios me recordaban que yo no les agradaba ni un poquito.

—Si te vas a poner triste, sólo será una noche y al estilo de los hombres. —Me arrebató mi helado y yo gemí de frustración, pero no hice esfuerzos por recuperarlo tampoco—. Toma esto.

Cogí la bebida que me pasaba y le envié una mirada especulativa a mi vecino. No tenía ni idea qué era el contenido medio marrón oscuro que guardaba la botella, pero al ver que Jace esperaba por un movimiento mío, hice lo más lógico. Le empiné un trago largo y revitalizador. A decir verdad era delicioso, sabía a café.

—¿Qué es?

—No tengo idea. —Me dio otra botella, la cual acepté de buen grado. Ésta era azul al igual que el líquido en su interior, pero su sabor fue un tanto más difícil de definir. Lo que no significaba estuviese mal. Extendí una mano pidiéndole otra y él obedientemente me pasó una tercera botella,

por supuesto que tomándose un trago de prueba antes—. Así se hace, Sam. Al terminar no recordarás ni tu nombre mucho menos el del tortugon.

—No le digas… —respondí entre sorbos, pero me detuve abruptamente—. Al demonio, es un marica cara de mierda. —Le di otro trago a la cuarta botella, para luego mezclar el contenido con el de la primera y romper una de las reglas sagradas para una noche de juerga: nunca mezcles las bebidas. Pero, a la mierda, me sentía temeraria.

—¿Eso es lo mejor que tienes? —Jace se acercó a mí, colocó su mano en mi garganta e inclinó mi cabeza hasta que mis ojos se toparon con el cielo raso. Repentinamente sentí que colocaba el pico de otra botella en mis labios y comencé a beber, pero cuando mis pulmones hicieron amago de reclamar oxígeno Jace no me liberó. Le golpeé para que me diera espacio de respirar y él me hizo señas instándome a que tomara. Y lo hice, en realidad continué haciéndolo hasta que el oxígeno fue lo último que me importó.

¿Respiraba antes yo? ¿A quién mierda le importa?

***

Debía de parecer una idiota mirando fijamente ese punto en la alfombra, pero no tenía fuerzas para despegar mi barbilla del suelo. La posición hasta comenzaba a parecerme la más cómoda que jamás hubiese encontrado, por alguna razón estando así el mundo se quedaba quieto. Y mientras eso ocurriera, no habría fuerza humana que me levantara del piso.

—Tengo… —Escuché la voz de Jace llegar a mis oídos, pero no pude determinar dónde estaba, ¿estaba siquiera? Quizás sólo era mi subconsciente que repentinamente comenzaba a sonar como un hombre. Sí, sin duda debía de ser eso—. Tengo… sangre en mis manos.

Así que mi subconsciente había matado a alguien, bien… mejor él y no yo. Lo acusaría ante la primera oportunidad.

—¿De… qué? —Tuve que rotarme hacia la derecha para hablar y ese minúsculo movimiento puso el cielo en el piso, ¿o sería el piso en el cielo?

—No lo sé… es una forma de… de decir.

—¿De–de decir qué? —tartamudeé imitando su ritmo, pero creo que él ni lo notó.

—¿Por qué…? ¿Por qué me haces tantas preguntas? ¡¿De qué me acusas?! ¡Yo no he hecho nada!

Entonces una de mis neuronas chocó contra otra y se produjo lo que la gente común conoce como un pensamiento. Estaba hablando con Jace, sobre algún tema que involucraba culpas, rencores, recelos... ¡mierda! Hablábamos de antiguos amores.

—Estás ebrio, y cuando estás ebrio dices idioteces… cuando no lo estás también pero más cuando lo estás que cuando no lo estás. —Sentí movimiento a mi lado y el mundo se inclinó peligrosamente hacia la izquierda. ¡Oh no! Los chinos se caerían con esa sacudida…—. ¡Sujétense voy por ustedes!

Y tuve la magnifica idea de ponerme de pie… desde allí el piso se veía muy lejos y Jace muy desalineado.

—¿Vas… a ir por quién? —preguntó observándome con ojos vidriosos—. ¡¿Vas a ir por quién?!

—¡Por los chinos!

Él asintió solemnemente e hizo amago de ponerse de pie también, pero tras pestañar con fuerza se dejó caer nuevamente al piso.

—Vayamos por ellos, los viernes tienen la carne a mitad de precio —espetó alzando una mano en el aire. Asentí, ese local en más de una ocasión nos había salvado, se lo debíamos como los ciudadanos agradecidos y aguerridos que éramos.

—Bien, necesito un trago antes de salir…

—Se acabo.

—¡Pues vayamos por más! —exclamé acongojada—. ¿Acaso esto no era para olvidar? Porque yo todavía recuerdo… —mi voz comenzó a vibrar con el inconfundible tono de las lágrimas; allí iba de nuevo—. La primera vez que lo vi estaba sacando copias en una maquina…

—¡Shh! ¡Silencio, silencio! —Jace se abalanzó sobre mí para cubrirme la boca, a pesar de que yo sólo quería acabar mi discurso de "cómo ser patético y sentirse orgulloso"—. Lo harás llorar…

Me encogí de hombros sin comprender y él lentamente levantó su mano.

—¿A quién? —dije con la voz en un susurro.

—Al señor.

—¿Dios?

—No, al señor del piso de enfrente… nos está observando hace un largo rato. —Llevó su vista hacia la ventana—. Comienza a ponerme nervioso.

También miré corroborando que como bien decía Jace, un par de ojos destellaban en el balcón del edificio que nos enfrentaba. Y hasta ese instante, me percaté de que mis ventanas parecían un escenario directo a todas nuestras idioteces diarias. Quien fuera el que nos observaba, se las pasaba en grande y completamente gratis. «Desgraciado él y toda su progenie»

—¿Crees que nos quiera secuestrar? —Jace se volvió como si estuviese por decir algo, pero luego simplemente encogió un hombro—. Tal vez para meternos en una red de trata de blancas, he oído que eso está de moda.

—¿No secuestran vírgenes? —inquirió completamente serio.

—No lo sé, quizás… quizás deba hacerme monja… —reflexioné "coherentemente", mientras me dejaba caer en mi sofá que rechinó bajo mi peso de modelo esquelética.

—¡Para eso definitivamente debes ser virgen!

Solté un bufido al oír aquella ridiculez.

—¿Y quién lo dice?

—Am… todo el mundo lo sabe.

—¡Patrañas! ¿Cómo verifican… cuál monja es virgen y cuál no?

Jace guardó silencio por varios segundos, llegué a pensar que se había dormido o muerto de pie. Ambas teorías eran muy posibles.

—Pues… debe haber algún modo de averiguarlo

Maldije entre dientes, yo era vecina de ese hombre, ¡qué Dios se apiadara de mí!

—¡Qué modo, ni que ocho cuartos! No hay modo, no se puede saber… fin

de la discusión. Seré monja.

Él fue hasta mi lado y también se sentó en el sofá; parecía bastante ensimismado en sus pensamientos. Era eso, o estaba a punto de perder la conciencia; entonces me percaté sorpresivamente que esa noche estaba particularmente especulativa y me agradaba. ¿Sería ésta la etapa intelectual del ebrio? ¿Tendría una parte intelectual alguna vez en mi vida? ¿Debía estar ebria para conseguir tal grado de luminosidad? No, definitivamente pensar estaba sobrevalorado.

—Deberíamos preguntar antes, porque sería muy triste que te rechazaran por haber… dejado que el pájaro comiera y volara.

Ambos nos miramos seriamente, para luego romper en fuertes carcajadas sin sentido ni propósito, se sentía tan bien ese momento. No había malos pensamientos ni otra cosa que oscureciera mi mente, mi problema más inmediato era saber si podía o no ser monja. La vida estaba bien así, en ese instante deseé poder congelar el tiempo.

—Y, ¿a quién le preguntamos?

Jace brincó en su lugar y con movimientos demasiados fluidos, para alguien que había ingerido tanto alcohol, se dirigió hasta mi ordenador.

—El Papa seguro que sabe… —Pude ver sus acciones sin necesidad de despegar mi trasero del sofá, Jace abrió el navegador y luego la casilla de email.

—No uses mi casilla, no quiero que me encuentren aún. —Era de vital importancia para mí no ser localizada por el Vaticano, hasta no estar cien por ciento segura que me aceptarían en su orden.

—Ok… —murmuró tras unos minutos de golpear teclas sin ton ni son—. Creo que ya está.

—Léelo.

—"Querido señor Papa…"

—¿No crees que ese "querido" es muy… informal?

Él se volvió para mirarme sobre el hombro, su gesto claramente indignado.

—Es el Papa, Sam, él es querido por todos. —No supe cómo responder a esa afirmación, así que le hice una seña para que continuara—: "Querido señor Papa, mi amiga y io querremos…en raelidadad precisamos sber con Urgencia…¿las monajas deben ser vírgeneses? Es–peramos que nos pueda

responder cuantoss anets. Sus fiel ateo, Jace.”

Fruncí el ceño tratando de interpretar sus cripticas palabras, luego me golpeé los oídos pensando que comenzaba a oír mal. Todo era posible, tanto como que Jace hubiese leído fielmente lo que sus dedos alcoholizados hubiesen tecleado.

—¿Dónde diablos aprendiste a leer? ¡No se te entiende nada!

Él no respondió pues se veía bastante enfrascado en el asunto de su carta al Papa y yo decidí no molestarlo, era un tema importante el suyo. Además yo sabía que la solución no era hacerme monja, no necesitaba ser monja para no tener contacto con los hombres, simplemente debía de dejar de importarme por ellos.

Los hombres y yo teníamos un largo prontuario de malos entendidos, era obvio que el universo quería que llegase a mis treinta poseyendo un gato por cada año de vida de solterona. Si empezaba a juntar mininos, en cinco años tendría los suficientes para consagrarme como una solitaria, destinada a alimentar bolas de pelos maulladoras por el resto de mis días. Ni siquiera me gustaban los gatos, pero por el bien de los estereotipos haría el esfuerzo.

—Debería… sólo dejar de intentarlo —mascullé a nadie en particular.

—¿Intentar qué?

—Buscar hombres, obviamente eso no me funciona.

Jace dio un cabezazo con lo que supuse me otorgaba la razón.

—Podrías hacer eso, o también podrías escribir una lista de lo que quieres. Si… el hombre no cumple con los requisitos, entonces lo botas… incluso antes de la primera cita.

Una luz parpadeó en mi cerebro y una pequeña sonrisa tiró de la comisura de mis labios, eso era una idea…

—¡… completamente estúpida! Buscar a un hombre, no es como ir al mercado por la comida del mes —me silencié un instante, Jace continuó haciéndole retoques a su carta completamente ajeno a mis cavilaciones—. Aunque sí ahorraría tiempo… pero no, no quiero seguir involucrándome con nadie.

—No te has involucrado con nadie, te dieron el plantón antes. —Él comenzó a reír fuertemente por su propio comentario, pero yo no hice amago de sonreír siquiera. Jace al no oírme seguirlo, se volteó para mirarme y la sonrisa lentamente se disolvió de sus perfectos labios de

Dios griego. Él realmente debería plantearse una carrera en el modelaje, hasta haciendo puchero se veía bien el condenado—. Bien, lo siento… lo primero sería que no fuese un idiota, ¿verdad?

—Qué no fuese un idiota como tú, dirás.

Jace tipió algo en el ordenador y volvió a mirarme, la sombra de una idea se dibujó en sus rasgos. Y eso tendría que haberme alertado, pero mi cerebro no estaba apto para la tarea de leer entre líneas.

—¿Qué más?

Vi cierto brillo infantil en sus ojos y mientras me hacía de una copa de "algo" abandonada en la mesita de café, me dirigí junto a mi vecino.

—¿Qué se supone que debo decirte? —inquirí dándole un trago largo a la copa.

—Lo que quieres en un hombre, los atributos que consideres dignos de tu pareja perfecta.

Con esa aclaración expuesta, comenzó el juego de soltar adjetivos para mi hombre ideal. En aquel momento de ebriedad poco me importaba lo que decía y me reía a mandíbula batiente frente a las acotaciones de Jace. Prever lo que se avecinaba con todo ese juego, nunca siquiera hizo amago de cruzar por mi mente. Y mientras remarcaba en el punto siete que mi hombre perfecto, NO debía llamarse Eliot por ninguna razón, comencé a tomarle cierto gustillo de desahogo a esa lista infernal. Donde había tanta estupidez acumulada, que sería un milagro que un ser humano pudiese juntar tantos atributos en una sola vida.

—¿Alguno más?

Solté un suave suspiro.

—Que me ame.

—Ese me gusta… —susurró Jace, escribiendo el nuevo ítem—. ¿Se te quedó algo?

—Sí… —espeté resuelta—. Y será lo último. —Mi vecino clavó su mirada gris en mis ojos y yo le sonreí antes de agregar en un murmullo de voz—: Que sea real.

Él asintió a mi pedido y tras sellar aquella lista con un roce casual de mi dedo sobre la última palabra, me arrastré hasta el sofá satisfecha conmigo misma. Eché la cabeza en el almohadón más cercando y luego me entregué voluntariosamente a las sombras del inconsciente. Por esa

noche, no habría más pensamientos que la simple necesidad de no ahogarme con mi vómito en plena madrugada.

Y claro, esperar la respuesta del Papa, ese era un pensamiento que me tendría en vilo por largo tiempo.

CAPÍTULO IV

« Asediada »

Una mosca parecía haber quedado atrapada entre mi tímpano y mi cerebro, su constante zumbido amenazaba con romper mi tranquilidad de un segundo a otro. ¡Por Dios!, ¿es qué no podía morirse de una vez? Sacudí la cabeza, tratando de ahuyentarla y por unos entrañables dos minutos se silenció.

Suspiré más tranquila, disfrutando de la confortabilidad de mi almohada. Me negaba a pensar en gran profundidad; tenía un latido constante en mis sienes y un sabor amargo en la garganta que se filtraba en una fina línea de saliva hasta mi cuello. Qué asco de ser humano soy, pero mientras no me moviera mucho eso resultaba soportable. Me desperecé lenta y metódicamente, y la cabeza comenzó a darme tantas vueltas que me sentí atrapada en una licuadora… ¡santísima madre de las resacas! ¡¿Qué había bebido?!

«Brr…brr…brr» Y la mosca había vuelto al ataque, ¿apestaba tanto que ya me asediaban las moscas? «Brr…brr…brr…» Levanté una mano en un intento vano de silenciarla, pero no es como si a la mosca le importase pues continuó con su berrido (supongamos que así se le dice a ese sonido que hacen) por un largo rato.

—Maldita hija de… —Abrí los ojos, resignada a que la mosca echara a perder esos minutos previos a que la realidad cayera en picada sobre uno.

Mi vista se encontró con el cielo raso blanco y eso fue lo máximo que pude enfocar con mis sentidos tan nublados y adoloridos como estaban. Sí, a mí incluso me dolían los sentidos. En ese momento el zumbido se sintió en mi nuca y supe que había atrapado a la mosca dentro de mi cabello, por eso la percibía tan cerca. Pues que se aguante, aún estaba en mi estado de shock pos resaca de la putísima madre, no podía preocuparme por la supervivencia de una mosca.

«Brr…brr…brr» Pero ella continuaba ahí, berreando palabras de auxilio en idioma mosca, ¿qué corazón inhumano pasaría de ella? Pobrecilla, atrapada en una tumba de cabello, laca y tintura de aquella vez cuando

tenía trece años. ¿Las tinturas duraban tanto tiempo? En fin, elevaría una plegaría hacia la valiente mosca y le enviaría una nota a el/la viudo/a. ¿Cómo se adivinaba el sexo de las moscas? Todas lucían iguales, como los chinos y los coreanos, aún no podía distinguir uno de otro.

«Brr…brr…brr» Ya cariño, ya… déjate ir. Pronto te reunirás con todos tus antepasados moscas, el tío Bob Mosca, la abuela Marta Mosca y tus cachorros de la infancia, si es que a las moscas les permiten tener mascotas.

Repentinamente un movimiento debajo de mi cabeza, me sacó abruptamente de mis serias cavilaciones sobre moscas. Me tensé, ¿sería posible que mi inquilina tuviese la fuerza suficiente como para mover mi cabeza? «Brr…brr…brr»

—Puta madre… —Al menos que las moscas estuviesen ocultando sus adelantos en el aprendizaje del idioma humano, ese me había sonado como…

—¿Jace? —Su rostro apareció entonces en mi campo visual.

Desalineado, despeinado y con los ojos brillando por el sueño, el maldito me dio una de sus típicas sonrisas ladeadas. Me apostaría el trasero a que él había ensayado todas esas muecas frente a un espejo, no podía ser que el encanto le saliera de forma tan natural. Pues de ser así, realmente pondría una demanda al mandamás de arriba, estaba en deuda conmigo.

—Hola, Sam. —Observé más detenidamente la escena, él estaba sentado en el sofá y yo… ¡oh mierda! Mi almohada eran las piernas de Jace y su… ¡doble mierda! Brinqué lejos, apartándome todo lo posible de su entrepierna—. Que remilgada…

—¡Eres un asqueroso! —espeté, señalando el bulto que se apretaba contra la pretina de su pantalón.

—Bueno… —Él no parecía particularmente avergonzado—. No es como si todos los días me despertara con una mujer entre las piernas.

Hice caso omiso de su comentario tan desatinado y me terminé de incorporar; el peso de la realidad cayó tan abruptamente sobre mis hombros, que casi acabo echada una vez más sobre Jace. Un tambor, eso era lo que tenía en mi cabeza, un tambor con todo los indiecitos haciendo la danza de la lluvia en mi cerebro. Todo retumbaba, todo daba vueltas y todo era culpa de él.

—Tú, maldito desgraciado, ¿qué me hiciste anoche?

Jace alzó ambas manos, como cubriéndose de mi ataque verbal.

—Tranquila, cariño, ambos tenemos ropa así que…

Sacudí una mano para callarlo, obviamente no me refería a eso. Pues ni en mi peor y más decadente estado de ebriedad me atrevería a acostarme con Jace, tenía un poco de sentido común. Incluso cuando lo perdía por completo.

—¡No estoy hablando de eso! Yo… —Algo subió por mi garganta a toda marcha, imposibilitándome seguir con mi discurso sobre moralidad. Salí disparada al cuarto de baño, sabiendo que acababa de dejar un reguero de mi dignidad en todo el trayecto.

Cinco minutos después de regurgitar cual pingüino que alimenta a sus crías, me senté sobre el retrete para comenzar a poner el mundo en orden. Fueron esos instantes de contemplación los que me hicieron caer en cuenta de algo, era martes.

—¡Trabajo! —exclamé, en tanto que despegaba el culo de la fría porcelana y emprendía una nueva carrera hasta mi cuarto.

—Sam, sabes que no me aprovecharía… —Escuché los pasos y la palabras de Jace al pasar como una flecha por el pasillo, pero no tenía tiempo para calmar su conciencia. Tenía que ir a trabajar.

Me quité la camisa que tenía del día anterior y rebusqué una sustituta en el armario, iba a tener que pasar del baño revitalizador esa mañana. Pues bien, peor para esos que tuvieran que olerme. Si llegaba tarde otra vez, el Tigre me saltaría a la yugular y entonces iba a tener que caer en el maldito cliché de acostarme con mi jefe para mantener el trabajo. Pero no, ni siquiera yo estaba tan desesperada. Aún.

Opté por dejarme la misma falda, ya que era imposible que alguien se diera cuenta y aún le podía robar algunos usos más antes de enviarla a la lavandería.

—Sam… —Jace cruzó el umbral de mi cuarto en ese preciso momento y yo me volví para increparlo con la mirada.

—¡Estoy llegando tarde, deja tus idioteces y sirve de algo! —Él permaneció inmóvil observándome con una ceja enarcada, algo que me obligó a seguir la dirección de su mirada con curiosidad. Fue entonces cuando caí en cuenta de que aún seguía sin ponerme la camisa. Rodé los

ojos—. ¡Muévete! No es como si no hubieses visto un sostén antes.

—No uno tan… —sonrió apuntando con su dedo el gatito que tenía en mi pecho izquierdo—. Adulto y tentador como el tuyo.

—Idiota.

Jace salió del cuarto riendo con fuerza. En cuanto se perdió de vista, volví a emprender mi maratónica carrera en busca de conservar mi trabajo. Me cepillé los dientes, que aún apestaban a vómito, el cabello —nunca encontré la mosca apropósito—, me coloqué una camisa, perfume, desodorante… ¡Demonios, faltaban mis zapatos!

Corrí escaleras abajo casi colisionando con Jace al final del tramo, él me tendió una taza de café humeante y yo sólo fui capaz de darle una sonrisa en agradecimiento. Restaba una taza a las doscientas que iba a tener que tomarme ese día, para recuperar la cordura.

—No encuentro mis zapatos.

—En el recibidor.

Asentí yendo por ellos. Entre sorbo y sorbo de café hirviendo, presentía que mis tripas darían un nuevo vuelco en cualquier momento. Me coloqué los zapatos sin siquiera detenerme, faltaban diez minutos para las nueve. A esa hora ya tendría que estar en el ascensor, o caminando a la oficina de mi jefe. Pero no, yo estaba allí con ganas de vomitar, un café a medio beber y la mirada de mi vecino fija en mi cabello.

—Hice lo mejor que pude —le informé, tratando de justificar mi mal aspecto—. Además tenía una mosca.

—¿Una mosca? —inquirió sin poder ocultar su sorpresa.

—Sí, no dejaba de zumbar junto a mi oído y cuando me di la vuelta creo que se me metió en el cabello.

Jace asintió con premeditada lentitud, mientras la comisura de sus labios se curvaba con diversión.

—¿Una mosca zumbaba junto a tu cabeza mientras dormías?

—Ajá. —En esa ocasión él rió sin reparos, fruncí el ceño—. ¿Qué es tan gracioso?—lo increpé algo molesta, no me gustaba perderme las cosas y obviamente él no me estaba diciendo algo—. Habla.

—No era una mosca, boba, era mi celular. —Sonrió—. Lo tenía en el

bolsillo del pantalón.

Abrí la boca para responder, pero luego simplemente solté un bufido. Estaba perdiendo mi tiempo hablando de moscas y celulares, mientras muy posiblemente en ese instante Tony contrataba a una nueva incauta para ser su secretaria.

—No tengo tiempo para esto —espeté, tomando los últimos vestigios de café de un sorbo.

Fui hasta la sala de estar y comencé a juntar las cosas que se habían diseminado por todo el piso la noche anterior al tirar mi bolso sin ceremonias. Como yo no era una mujer típica, mi lista de cosas importantes consistía en dinero, un paquete de clínex, un bolígrafo y como media docena de papeles que acumulaba sin ninguna razón aparente. Jace se detuvo en la puerta con una de mis chaquetas abiertas; enarqué una ceja al mirarlo, pero él sólo me hizo señas para que me pusiera la chaqueta.

—Está fresco hoy —señaló, mientras me volteaba como a una marioneta para cerrarme la prenda.

—Yo puedo… —Pero él no me hizo caso, tras subirme el cierre de la chaqueta me depositó un beso en la frente y yo puse los ojos en blanco—. Hacerte el bueno no te salvará de la reprimenda.

Él abrió los ojos con sorpresa.

—¿Reprimenda por qué? ¿Por ser un buen amigo y vecino? No tienes consideración, Sam, no consideras mis sentimientos.

—Idiota —dije de un modo casi automático. Jace sonrió, a tiempo que me abría la puerta—. Consideraré tus sentimientos cuando comiences a poseerlos.

—Yo poseo sentimientos —replicó con la voz en lo alto—, sólo que los mantengo a resguardo para las épocas de recesión.

Salí del departamento sin decir nada, estaba demasiado estúpida como para buscar en mi diccionario de “frases mordaces”, algo para soltarle. Al parecer el alcohol no afectaba las funciones cognitivas de mi vecino; pero yo al menos necesitaba dos horas y tres litros de café para poder determinar qué rayos me había querido decir.

***

La escena del ascensor del día anterior parecía repetirse, tanto Cristal como Matías estaban allí cuando llegué. Era curioso que incluso llegando

tarde, ellos se pusieran de acuerdo para estar en mi viaje al sexto piso. Sentía mis tripas revolverse en mi interior, a tiempo que veía como los numeritos avanzaban lentamente en el contador. No sabía si debía culpar a la bebida, a la inminente reprimenda de mi jefe, o la posibilidad de que ese día vería a Eliot después del fiasco de la noche anterior. Tendría que haber llamado diciendo que estaba enferma, Tony ni me echaría en falta por un día que no me presentase, tendría que haber llamado y dar una excusa…

—Tú eres Samantha Hassan, ¿cierto?

En todas las mañanas de todos los viajes en ascensor que habíamos compartido, ninguno de los dos me había dirigido la palabra. Razón por la cual me demoré un instante en responder.

—Hmm… sí —susurré, sin comprender a qué venía eso.

De acuerdo, sé que no soy popular por hacerme notar y que tampoco soy lo suficientemente sociable como para andar estrechando manos y diciendo mi nombre. Pero esperaba, mínimamente —puesto que yo me había tomado la molestia— que ella supiera quién rayos era la chica que le aguaba la fiesta con Matías todas las mañanas. Al parecer esperaba más de lo que me merecía.

Cristal estuvo a punto de decir algo más, pero la puerta se abrió entonces, liberándome de aquella situación en donde súbitamente me enteraba lo insignificante que era para la gente de ese lugar. La vi que me regalaba una sonrisa cómplice antes de que el ascensor la llevara lejos. Sacudí la cabeza. No estaba para ponerme a analizar aquella conferencia ascensoril —palabra que próximamente patentaría para definir cualquier encuentro extraño del tercer tipo en un elevador—; la RAE estaba tras mi pista.

Corrí como una desquiciada por el pasillo, ganándome varias miradas desde los distintos cubículos. Algunos parecían curiosos, otros risueños y quizás algún que otro… ¿molesto? No sabía por qué, puesto que ninguno de ellos sobrevivía a base de mi café, si alguien debía estar molesto ese sería mi jefe.

—Hola, Jefe, disculpe la demora —mascullé ni bien crucé el umbral de su puerta. No acostumbraba a golpear, pues supuestamente yo debía saber sobre sus reuniones y cuándo estaría ocupado.

Suspiré para mis adentros al notar que estaba solo, iba a darle pase libre a mi discurso casi ruego "de puta madre, no me eche", cuando él se incorporó.

Tony pocas veces despegaba el trasero de su sillón de cuero, el hecho de que lo hiciera en esa ocasión, no fue para nada alentador. ¿Estaba tan

molesto que me echaría con sus propias manos? ¿Acaso realmente iba a tener que usar la carta del coqueteo? ¿Tanto quería ese trabajo? A decir verdad, no quería ese trabajo… más sabiendo que la única razón para permanecer allí estaba colado por otra mujer. Lo que significaba que si Tony me corría, me estaría haciendo un favor. Claro, si luego se ofrecía a pagar la cuenta del gas, el teléfono y el alquiler. ¿Qué tan estúpida puedo ser? Necesitaba el empleo; no por Eliot, no por una cuestión moral que le demostrase a ese pelele que no vivía y moría por él. Era algo mucho más elemental, necesitaba ese empleo si no quería caer en la agonía de regresar a casa de mis padres. Al demonio, mejor vivir con el pesar de saber que me había rebajado a coquetear con Tony, antes que regresar a casa con el rabo entre las piernas. Una chica debía tener principios, pero yo no era una chica corriente, así que esa regla no aplicaba en mí.

—Realmente, lamento haberme retrasado tuve que…

Tony sacudió una mano pidiéndome silencio y obedecí. Si no me daba la chance de inventar una historia dramática que implicara accidentes, laceraciones, sangre y lágrimas, entonces estaba oficialmente jodida.

—Supongo que has estado ocupada. —Su voz carecía de entusiasmo y me miraba de un modo que no pude determinar o no quise, a veces él sólo era raro. Desgraciadamente no ese raro agradable que casi puede pecar de interesante, él simplemente era raro.

—Yo…

—No te preocupes, Sam. —Bien, era algo que sin duda no esperaba, pero si no quería que me preocupase estaba dispuesta a seguir esa orden—. Comprendo que te hayas quedado dormida, habrás tenido una noche interesante.

¿Otra vez con las insinuaciones?

—Pues… sólo me quedé hasta tarde…

—¿Escribiendo?

No precisamente, pero tampoco entendía por qué suponer que estaba escribiendo. Nunca en mi vida he tomado papel y bolígrafo para escribir, aun cuando mi trabajo de secretaria implica que esos sean mis mejores aliados. No es que me desagradara el asunto de poner los pensamientos en papel, a mí sólo no se me daba bien. Algunas personas son buenas escribiendo y otras son mejores… viendo como las primeras personas escriben. Una relación reciproca sin duda.

—Bueno… —Qué va, una mentira piadosa no hacía daño—. Algo.

—Por supuesto. —Sonrió, como si sólo necesitara aquella confirmación de mi parte. Salió del resguardo de su escritorio y con paso lento se situó enfrente de mí—. No pensaba que… —Bajó la vista a mis pechos de un modo tan evidente que tuve ganas de patearlo, me contuve, necesitaba el trabajo al menos hasta conseguir algo mejor. El desgraciado me haría pagar todas mis llegadas tarde, al parecer había obviado la parte del coqueteo e iba a ir directamente al asunto—. Tuvieras esas ideas.

—¿Ideas?

—Ya sabes, me ha parecido muy dulce… —Ahora sí que estaba perdida—. Siempre estás tan callada, solitaria, algo distante. —«Por favor ya no me halagues»—. Por eso me sorprendió ver esa parte soñadora, inocente…

—¿Mi parte soñadora? —inquirí incrédula. ¿Soñadora? Nunca se me ocurriría utilizar tal apelativo conmigo. Él me observó fijamente y yo me quedé de piedra, ¿qué mierda le pasaba?—. Tony… disculpe, Jefe…

—Puedes llamarme Tony, Sam. — ¿Desde cuándo?—. Todo este tiempo te he estado observando. —Diablos, claro que no me había dado cuenta—. No quería hacer nada que te pudiera poner incómoda… —Pues no había querido con mucho esmero al parecer—. Pero es que al ver esto, supe que ya no podía dejar pasar el tiempo.

—Ver... ver, ¿qué?

Las neuronas me funcionaban a un ritmo demasiado patoso como para seguir la línea de conversación. Pero cuando Tony se volvió lo suficiente para tomar algo de su escritorio, la sinapsis dio inicio de forma vertiginosa. Al tener el papel que me había pasado en las manos, las neuronas en mi cabeza comenzaron a sacudirse unas a otras sin comprender ¡qué carajos, en el nombre de Dios y todos los santos, estaba pasando! O por qué repentinamente estaba viendo una lista de atributos de lo que sería el “hombre perfecto”. No, peor aún, estaba viendo el que sería MI hombre perfecto. En donde claramente se estipulaba que no debía llamarse Eliot, que tendría que poseer un carro negro, gustarle los perros, por alguna razón tener un buen culo y la capacidad de causarme tres orgasmos seguidos.

¡Je–su–cris–to!

Cerré la mano en un puño, haciendo un bollo la página que hasta ese instante me percaté formaba parte de un periódico. La realidad volvió a caer sobre mis hombros con tal fuerza que se llevó el aire de mis pulmones, ¿qué era eso? ¿Por qué estaba firmado con mi nombre? ¡¿Y qué

mierda hacía publicado en un periódico?!

CAPÍTULO V

« Dios: primer encuentro »

Había alrededor de veinte ítems, diecinueve de los cuales parecían ser el grito desesperado de una mujer que… curiosamente se llamaba como yo. No podía creerlo, a pesar de que tenía entre mis manos aquel papel del infierno, mi cerebro simplemente se negaba a aceptarlo.

¿Qué diablos se suponía que era aquello? ¿En qué momento de mi vida, di el consentimiento para que me pusieran en ridículo? Claro, en el día a día nadie solía pedirme autorización, pero un periódico ya era otra cuestión. Estas eran las grandes ligas de la humillación. Lo único que me consolaba en parte —una parte muy diminuta y casi irrelevante— era que habían tenido el detalle de no poner una fotografía mía. No es como si alguien la necesitara para identificarme, sólo han de colocar "mujer necesitada" en su buscador y mi imagen aparecería allí sonriente.

La cabeza me daba vueltas y por desgracia no podía achacarlo a la resaca, no, mi cuerpo ya había procesado el alcohol. La sensación de saberme bajo el ojo público, me había curado de espanto y a su vez taladrado en mis sienes un recordatorio eterno: jamás debía volver a dejar entrar a Jace en mi casa.

Me acurruqué ligeramente sobre el retrete en el que llevaba los últimos quince minutos oculta. No podía precisar cuántos habían leído el periódico esa mañana, pero teniendo en cuenta mi suerte, sin duda algún alma caritativa se había encargado de propagar la noticia en la oficina como la tifoidea. En todo el trayecto a los cuartos de baño, varios rostros se volvieron en mi dirección, personas que nunca me habían dirigido la palabra me ofrecieron sonrisas extrañas y quizás tal vez un guiño. Ya no sabía qué pensar.

Por el momento, prefería pasar por alto olímpicamente el hecho de que mi jefe me había tirado los tejos. Lo que en verdad importaba era averiguar, cómo rayos había llegado esa lista al periódico o mejor aún, ¿en qué instante había nacido? Una vez que eso estuviese claro, podría comenzar a cortar la cabeza de los responsables. Porque de algo estaba segura, y eso era que jamás de los jamases habría autorizado semejante idiotez. Solía ponerme en ridículo, pero al menos tenía el tacto de que fuese ante mí misma y… a veces ante mi familia. Pero eso seguían siendo detalles sin importancia. «¡Concéntrate, Sam!»

¿Qué había ocurrido la noche anterior? Si era capaz de reunir todas las piezas, entonces podría determinar el momento exacto en que todo se fue inexorablemente al carajo. Recordaba que Jace había llegado con sus botellas de alcohol, habíamos comenzado a beber e inventar brindis para no decir que bebíamos sólo por beber. Hasta allí todo iba claro, luego hubo un momento de conspiración… lo que me recordó que debía comenzar a cerrar las cortinas y averiguar quién vivía en el edificio de enfrente. Después de eso las cosas se volvían confusas, pequeños retazos de imágenes llegaban sin ningún orden a mi mente. Pero en un instante me vi de pie junto a mi vecino, riendo y alzando una copa en el aire. ¡Por Dios! Me daba miedo seguir recordando. Hice una mueca de dolor, el esfuerzo comenzaba a pasarme factura.

En ese momento, sentí un ruido fuera de mi pequeño refugio con aroma a limón y… otras cosas que prefería ignorar. Contraje las piernas de modo que nadie me notara allí. Necesitaba algo de coraje para salir a enfrentar al mundo y el mío se encontraba poco receptivo para la tarea. Unas risas chillonas me sacaron de mis cavilaciones, aunque hubiese preferido mil veces mantenerme ignorante de la conversación que me vería obligada a escuchar.

—¿Has visto la falda que lleva Ramona? —Ah, charla de lavado y chismes, mis favoritas (nótese la ironía)—. Parece que ha cogido la alfombra de entrada y se la ha amarrado a las caderas.

—Dirás al estómago, esa mujer no lleva nada que no le toque el sostén.

No sabía quién era Ramona, pero no pude evitar sentir algo de empatía con la pobre.

Las mujeres rieron con sus propias observaciones, mientras yo apretaba un ojo contra la rendija del cubículo tratando de identificarlas. Una tenía cabello rubio platinado, el cual era tan autentico como mis promesas de mejorar como ser humano todos los fines de año. En tanto que las otras dos, eran unas morenas de piernas largas y culos bien parados. No que me gustara ver esa clase de cosas, pero era todo lo que mi rendija me permitía apreciar y no estaba dispuesta a abrir la puerta para verles las caras. Tenía algo de conciencia… ¡Lo sé! Por más que lo siga repitiendo no va a ser verdad, pero puedo engañarme a mí misma y a ustedes, al menos por algunos capítulos más.

—Sería lo de menos, ¿no han visto el artículo ese del periódico?

Brinqué en mi lugar al oír la palabra “periódico”. Maldita morena número dos, patearía su estupendo y parado culo por hacer mención de eso. Aunque siempre podía estar hablando de otro artículo, debía recordarme que los periódicos solían presentar más de una noticia en cada tirada. Un día de fama y ya comenzaba a sentirme el ombligo del mundo; hablando

de alimentar egos.

—¿Qué artículo? —preguntó morena número uno, volviéndose lo suficiente para darme un vistazo de su perfil. Nariz respingona, barbilla estrecha, cejas bien depiladas y ojos perfectamente delineados. Tenía mi aprobación, al menos era bien parecida.

—Ese… —Me alegraba que los adjetivos estuviesen fuera del alcance de la morena dos.

—¡Oh! ¿Te refieres a ese que dejaron pegado junto a la cafetera?

¿Cómo? ¿Qué? ¡¿Quién había dejado qué en dónde?! Luché con mis nervios para no gritar aquello en voz alta.

—¡Exacto! —dijeron tanto la rubia como una de las morenas, ya no sabía bien cuál pues mi cerebro se había quedado helado en la última parte. Exactamente en la parte de la cafetera que no había tocado esa mañana. Si Tony no me hubiese echado los tejos, entonces yo habría ido por su café y hallado lo que sea que hubiese allí. Pero no, estaba encerrada en el baño con tres arpías que contaban chismes a medias y no me dejaban salir a eliminar toda evidencia de ese maldito artículo.

«¡¿Dios, por qué me haces esto?! Una vez le he abierto la puerta a un testigo tuyo, una vez escuché todo lo que tenía que hablarme de la biblia y también he donado ropa a la iglesia. ¡No te pido mucho, sólo déjame sobrevivir a esto y saldré de tu camino!»

—¿Qué tan desesperada tienes que estar para publicar eso en el periódico?

Las murmuraciones de mis “inteligentes” compañeras de trabajo, me obligaron a dejar mi negociación con Dios de lado. Por el momento.

—Eso no es desesperación, eso es un: necesitó un revolcón y con urgencia.

Apreté los puños contando hasta diez lentamente, ellas soltaron fuertes carcajadas que amenazaron con llevar mi paz a límites jamás cruzados.

—Leo dijo que es una chica de aquí, pero yo no la identifico.

—Claro que sí, es la mojigata que sólo tiene una camisa ¿recuerdas?

¡Eso era absurdo! Tenía muchas camisas pero de un mismo diseño, era algo completamente distinto.

—¡Oh, la secretaria de Tony! —exclamó morena dos, echando mi ego al piso para bailar una samba sobre él. Era tan patética que me reconocían como la mojigata con una sola camisa, secretaria de Tony.

—Se llama Samantha Hassan.

—Con razón colocó un anuncio, sería la única forma con la quizás logre perpetuar su especie.

Esa rubia sería la primera en morir, le arrancaría sus asquerosas extensiones baratas y se las metería por… allí donde ustedes ya saben.

—¡Eres ruin, Miriam!

Anoté el nombre mentalmente, Miriam recibiría una visita de mi sicario amigo. Claro, cuando me hiciera amiga de un sicario. Teniendo en cuenta los recientes sucesos, me vendría de pelos tener uno. Anoté eso también, debía conseguir un sicario que cupiera dentro de mi presupuesto y que fuese amistoso.

—Sería estupendo ver la cara de los que respondan a su grito de auxilio. ¡Te imaginas cuando se encuentren con esa… cosa!

¡¿Cosa?! ¿Cosa? Era el peor insulto que jamás me hubiesen dicho.

De acuerdo, miento, me han dicho de peor forma pero nunca había sido insultada por un par de golfas ignorantes de culo parado. Al menos no a la cara, a pesar de que ellas no supiesen que estaba escuchándolas. Ese no era el asunto, ¡me estaban insultando! Debía hacer algo al respecto, debía… acurrucarme más para que no me vieran.

«¡Dios! ¡Sólo un favor te pido, sólo uno! Haz que se marchen y prometo construir una iglesia en tu honor y prometo…». De acuerdo eso era ridículo, mentirle a Dios ya era alcanzar un nuevo nivel de engaño y todavía no estaba dispuesta a arriesgar mi alma eterna. No hasta que supiese que no habría vuelta atrás.

—Al menos fue lo bastante lista como para no colocar una fotografía…

¿Estas mujeres no trabajaban acaso?

Entonces como una respuesta divina que nadie había pedido, mi celular comenzó a vibrar junto a mi seno izquierdo. Metí la mano dentro de mi chaqueta, para sacarlo antes de que comenzara a tocar la melodía de Mozart —sí, yo siempre tan original— pero en una demostración de pura estupidez, lo dejé resbalar de mi mano. El celular con Mozart y vibrador incluido, se deslizó por debajo de la puerta acabando su viaje junto al hermoso zapato Prada de la tal Miriam. Venga, honestamente no sé si era

Prada, pero para sumarle ironías a la situación no queda mal ¿cierto?

Elevé los ojos al cielo y asentí solemnemente: «si esos términos manejaremos, camarada, pues bien. ¡Ya te has ganado otra atea!»

Abrí la puerta, mientras tres pares de ojos se clavaban en mi rostro fijo en el piso. Me incliné, recogí mi móvil y alcé la barbilla tanto como mi metro sesenta y cinco me lo permitió. Ellas me miraron un instante en silencio y en el segundo que cerré la puerta del baño detrás de mí, iniciaron las fuertes carcajadas. Las pude oír todo el camino hasta mi escritorio, pero hice caso omiso de ellas. Yo era mejor, yo era una chica fuerte, inteligente, audaz… y pasara lo que pasara, no iba a entrar en pánico. No iba a hacer una escena, no iba a darles más material para que se divirtieran; estaba allí para trabajar y así lo haría.

Por supuesto, luego de moquear debajo de mi escritorio al menos por una hora completa. Mozart volvió a emitir su sonata, echando a perder mi plan de hundirme un hoyo de autocompasión. Sacudí la cabeza y pasé de mi escritorio directo a la pequeña despensa que había pasillo abajo.

—Diga… —murmuré aún mordiéndome los labios. ¿Por qué no les había dicho nada a esas idiotas? Yo era tan mordaz cuando la situación no lo requería, pero cuando la situación lo requería simplemente me bloqueaba. Esto era algo que sin duda debería hablar con mi psicólogo, justo después de conseguirme uno. Estaba en mi lista de por hacer, debajo del sicario amistoso.

—¿Sam?

—¿Cuántas posibilidades hay de que una mujer con la voz exactamente igual a la mía, responda mi propio celular? —A veces las personas sólo preguntaban estupideces, no podían esperar una respuesta cordial a cambio.

—De acuerdo… me alegro que seas tú. —Una nota risueña decoraba su timbre y fue aquello el detonante, automáticamente me puse en guardia.

—Jace, dime qué mierda pasó anoche.

—O sea que ya lo viste.

—¡¿Qué si ya lo vi?! ¡La mitad de la empresa ya lo vio! La ciudad tomó su desayuno leyendo esa… cosa. —Haber oído la conversación de las cerebritos en el baño, no había ayudado a mi retórica—. Dime, ¿cómo?

—Sam, cálmate.

—No me pidas que me calme, pedazo de cabrón cornudo. ¡Hay una lista firmada con mi nombre en el periódico!

—¡De acuerdo, si no te callas no puedo explicarte!

Ambos estábamos comenzando a levantar la voz y eso no era buena señal, cargué mis pulmones aunque estos se negaron a aceptar el cambio brusco de aires.

—Tienes cinco segundos —mascullé como única respuesta.

—¿Recuerdas la carta al Papa?

Abrí la boca, pero fue en vano pues no recordaba ninguna carta al Papa.

—¿Por qué en el nombre de Cristo debería recordar eso? ¿Es algo de la biblia?

Jace chasqueó la lengua, y aunque no podía ver su rostro pude jurar que me puso los ojos en blanco.

—¡No seas estúpida! ¿Por qué yo sabría algo de la biblia?

Maldije para mis adentros, tratando de controlar mi creciente frustración. Esta conversación no nos estaba llevando a ningún lado.

—Tus cinco segundos se consumen, mejor empieza la explicación o te patearé el culo hasta dejarlo irreconocible.

—No digas eso… —murmuró como si estuviese horrorizado con la idea, algo que sólo acrecentó mi ira—. Las damas no dicen culo, dicen trasero.

—Entonces mejor explícate o me aseguraré de dejarte el "trasero" como una flor. —En esa ocasión Jace no pudo contener una suave risa ronca—. ¡Jace! Hablo muy en serio.

—De acuerdo, disculpa. —Hizo una pequeña pausa tomando un respiro—. Anoche por alguna razón le escribimos una carta al Papa, también una lista con muchas cosas que querías en tu pareja ideal…

—La lista que está en el periódico —añadí, a pesar de que la observación era más que evidente.

—Esa misma —aseveró con la voz repentinamente seria—. Sam, accidentalmente… envié la lista… a… —Él comenzó cada vez a trabarse más entre palabras, mientras una gota fría recorría mi espina y la

amenaza de patear su culo se hacía de toda mi racionalidad.

—¿A quién? —inquirí en un susurro velado.

—A… todos…

Me atraganté con mi propia replica, o quizás sólo se trataba del veneno que me estaba tragando para no enviarlo a la puta madre que tuvo el descaro de parirlo.

—Oh… Jace… por el amor de Dios, dime quiénes son todos.

—¿Por qué sigues metiendo a Dios en esto? —Él intentaba distraerme del tema, pero no estaba surtiendo efecto. Comencé a hiperventilar—. Sam, respira.

—¡No me digas que hacer! ¡Responde la condenada pregunta!

—A todos mis contactos, ¿de acuerdo?

Ok… eso no explicaba cómo había aparecido en el periódico, ni tampoco aplacaba mis deseos homicidas hacia mi vecino.

—Y está en el periódico porque…

—El email pedía completa difusión —musitó casi pareciendo culpable, casi era la palabra clave. Aunque su sentimiento de culpa poco hacía para borrar aquella lista o la humillación que estaba viviendo por su causa—. Sam, lo lamento.

—¿Lo lamentas? —repetí sin emoción alguna—. ¡¿Lo lamentas?! Lamentarlo no quitará la lista del periódico, lamentarlo no hará que mi jefe deje de tirarme los tejos o que las zorras se rían de mí a mis espaldas. ¡¿Sabes dónde te puedes meter tus disculpas?!

—¡Tranquila!

Pero no podía tranquilizarme, no sabiendo que ese estúpido, ególatra, malnacido, chauvinista (no sé qué significa, pero qué importa), me había vendido a la prensa local. ¡Ese era mi amigo, señoras y señores!

—Jace, es mejor que te mudes para las cinco de la tarde o verás. —Tras decir aquello en tono amenazante, colgué sin darle tiempo a replica.

Mi sangre corría a toda velocidad por mis venas, debía tener las mejillas encendidas y los ojos picando con la amenaza de las lágrimas. Era lo único que me faltaba para rematar un día de mierda: llorar. Tomé la perrilla de la puerta con los dedos temblorosos, no tenía idea cómo la gente estaba

tomando aquella lista. ¿Cómo una burla? ¿Cómo un pedido real? ¿Qué pasaría si alguien respondía a ella? ¿Qué sucedería si algún hombre realmente creyera cumplir con todos los requisitos? Oh Dios, el mundo giraba; el mundo giraba y estaba a punto de dejarme caer de culo… es decir de trasero. Necesitaba un soporte, necesitaba comenzar a respirar, necesitaba llegar a mi escritorio para poner las cosas en perspectiva. «Venga, Sam, nadie lo tomará en serio» ¡Eso era! La gente era sensata, no se pondrían a responder un anuncio clasificado de una mujer necesitada. ¿Qué hombre sano se detendría en esas idioteces? ¡Nadie!

Sonreí para mis adentros, cabía la posibilidad de que la lista simplemente no trascendiera, de que la gente pasara de ella como las usuales noticias sobre robos, asaltos y curas pedófilos. Claro, eso era… nada iba a ocurrir. ¿Por qué una noticia local de una don nadie, sería relevante?

Al llegar a mi escritorio, obtuve la respuesta que no estaba necesitando. Justo a un lado de mi ordenador, se encontraba descansando parsimoniosamente un consolador azul, llevaba un pequeño cartel pegado que rezaba: “El hombre perfecto”

Lo miré, sintiendo como los ojos se me volvían a aguar por la rabia. Por supuesto que la gente repararía en la lista, la gente era tan hija de su mala madre que hallaba su realización en la miseria de otros. Y hasta ese día me di cuenta de ello, adiós a mi última parte de inocencia.